

FENOMENOLOGÍA DE LA SOCIABILIDAD HUMANA FUNDAMENTOS DE LA ACCIÓN SOCIAL: UN ENSAYO

Bajo el Volcán núm. 20, año 12, marzo-agosto 2013

Pedro F. Hernández Ornelas

Profesor investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
“Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
pfhernan@prodigy.net.mx

Fecha de recepción: 2 de febrero del 2013

Fecha de aceptación: 27 de marzo del 2013

RESUMEN

El trabajo ambiciona reconocer las formas de energía material e inmaterial que constituyen la base de la acción social, fundamento y vehículo de las comunidades y sociedades humanas. Con base en los conocimientos actuales de la física cuántica se exploran, primero, los elementos fundamentales para el obrar humano y se pone en relieve la direccionalidad de la energía/materia como expresión previa de la intencionalidad voluntaria del ser humano. En segundo lugar se analizan las condiciones que preparan la mente para recibir el mensaje del objeto de la relación social, es decir, el encuentro con la otra parte de toda relación humana. La *E*/materia condiciona toda relación en espacio y tiempo. La energía inmaterial condiciona la relación en dos sentidos: el reconocimiento de la bondad de “ser” (precondición estética) y el reconocimiento de su utilidad para el actor (precondición utilitaria). Sobre esas bases, la acción humana revela la condición de responsabilidad consciente (calidad moral) de todo actor social. La experiencia fenomenológica lo confirma. Palabras clave: Energía/materia (energía cósmica), acción social (acción humana), fenomenología, dialéctica, evolución, precondición óptica (disposición previa al conocimiento), sociabilidad, direccionalidad, intencionalidad, metabolismo social.

ABSTRACT

The present essay ambitions to show how material (*E*) and immaterial energy lay at the basis of social action, which is, further on, the basis of human communities and societies. Upon the present knowledge of physical sciences, particularly quantum physics, the directionality of energy in all its forms, and under conditions of the dialectical evolution, is here emphasized as a previous expression of human

intentionality to act. Secondly, we analyze the preconditions that prepare the mind to receive the message of the object of the social relationship, i.e., the encounter with the other part of all human relationships. The *E/matter* conditions all relations; it gives them proper place in space and time. In turn, immaterial energy prepares the mind to encounter the other part of the relation, endowing the social actor to recognize a) the goodness of “being” (aesthetic precondition) and b) the usefulness of it (utilitarian precondition). On those basis, human action reveals itself as the *locus* of conscious responsibility (moral quality of acting) in every person. Phenomenological analysis confirms the foundations of human action.

Keywords: Energy/matter (cosmic energy), social action (human action), phenomenology, dialectic, evolution, ontic precondition (pre-knowledge available), sociability, directionality, intentionality, social metabolism.

INTRODUCCIÓN

La historia del hombre es la historia de la naturaleza. Esa historia es también la visión cada día más completa de la energía cósmica sobre la duración de la especie humana. La primera de esas dos frases, en su contexto original “no hay dos historias: la historia del hombre es la historia de la naturaleza”, es el famoso *dictum* de Marx, conservado por Engels en su *Dialéctica de la Naturaleza*. La segunda es la traducción de la primera en el lenguaje de la física cuántica o de una física que podría llamarse holística (incluyente de toda realidad perceptible): una visión ambiciosa y plena de toda “experiencia de ser humano”... visión que no puede ser ajena al pensamiento filosófico que se ocupa por lo esencial de todo ser.

Este concepto de la historia es hoy incontrovertible, lo sustentan los conocimientos actuales de las ciencias de la naturaleza. Pero su solidez y sus alcances representan nuevos y grandes retos en muchas otras áreas del saber humano, notablemente para las ciencias sociales y para el pensamiento teórico que sustenta sus afirmaciones o tesis más importantes. En el terreno de la presente investigación y en las premisas de la teoría social (es decir, en la búsqueda de las causas de “ser social”), nuestro objetivo es mirar con cierta profundidad los cimientos o bases primeras de la sociabilidad humana: explorar cómo surge la relación entre los seres humanos a partir de su energía individual: su constitución íntima, a la vez condicionada por energías del ambiente/naturaleza que la rodea. Después,

ya establecida esa relación –toda relación “social”, que es siempre la del actor con “el (lo) otro” –, ¿cómo la energía de cada parte relacionada se une y complementa en la sociedad para generar el comportamiento que mantiene los diversos grupos humanos, alimentando en ellos, a su vez, nuevas formas de energía? Dicho de otra manera más breve, ¿cómo ocurre el metabolismo de la energía del cosmos en la vida de los seres humanos?

A partir de la obra de Max Weber, quizá la piedra miliaria o primer referente del camino de la sociología a partir del siglo XX, el pensamiento teórico de sus estudiosos ha sido dominado por el interés en la acción social como clave de ingreso a toda posible explicación del fenómeno mismo de la sociabilidad y el surgimiento de las distintas formas de asociación humana, con el registro de su vida en las distintas culturas de la humanidad.

En dicho interés –centralidad de la acción social–, a Weber lo habían precedido Marx (1970), en su denuncia original de la enajenación de la acción del hombre en el trabajo asalariado –relación primaria de transformación de la naturaleza para el provecho humano–. Y después de él, Durkheim, (2002), Pareto (1935), entre los mayores sociólogos. Todos ellos reflejan, a su manera, una especie de consenso acerca de la importancia capital de la acción para comprender mejor nuestra propia esencia humana que sólo emerge al lado de otros seres, con alguna afectación (positiva o negativa) y transformación mutua en el modo de ser, propio y ajeno. En la realidad, objeto de la historia, toda acción social se origina en un complejo de fuerzas (entrelazamiento de energías diversas interrelacionadas) que son de naturaleza física, biológica, personal y cultural: el primer complejo de tales energías es, sin embargo, el que se conforma de la *E'/materia* o forma original de todo “ser” en el universo (cfr. Boff, 2012:133; entre muchos otros, como E. Morin, P. Hadot, P. Sorokin, A. Toynbee).

Sobre la hipótesis de la centralidad de la acción humana para el conocimiento cabal de su esencia y con esto, entender mejor la sociedad y sus características, este trabajo se desarrolla a lo largo de dos vertientes, una a continuación de la otra. Se explora, primeramente, la presencia y la relevancia de la *E'/materia* en los actos humanos: energía/materia, repitiéndolo, es sencillamente la manera radical o básica de existir como “algo” en el universo. El dato, hoy, es un terreno suficientemente abonado por las

ciencias físicas, pero, es aún menos reconocido en su trascendencia para los hechos sociales. En segundo lugar, se propone un camino de análisis del metabolismo o proceso complejo de transformación de otros agentes humanos y de su ambiente –es decir, de otros elementos naturales– en toda parte del cosmos que tenga que ver con el ser humano. El camino propuesto consiste en pasos iniciales del análisis fenomenológico del acto social (el inicio de un acto social –una relación entre dos sujetos–), para reconocer y evaluar sus componentes y condicionantes en el agente humano y en otros elementos naturales con él relacionados.

Algunas conclusiones importantes podrían venir a la mente de muchos lectores acerca de la problemática de la acción social (su función determinante en la solidaridad de todo grupo humano) y de la descomposición de los tejidos sociales: fenómenos que están en el centro de muchos conflictos sociales y de mucha de la violencia actual. De esa violencia que se conjuga con migraciones, crimen, trata de personas y órganos, así como nuevas formas de esclavitud social, etc., comenzando con el avasallamiento de culturas y pueblos bajo el yugo de pretendida soberanía del capitalismo internacional como eje de civilización! Con esas consideraciones queda manifiesta la necesidad de reconocer, con pleno derecho de ciudadanía sociológica y, en general, de las ciencias sociales, la calidad moral de la acción humana: cosa que no pocos estudiosos –hasta de renombre– han soslayado con resultados empobrecedores, a mi juicio, para el desarrollo de la sociología.

ENERGÍA CÓSMICA Y ACCIÓN SOCIAL

Datos confiables de la física actual (v.gr. Penrose, 2007) confirman un hecho capital en el camino del ser humano, repitiendo lo dicho al inicio: su historia es también la historia de la energía cósmica o historia natural. La *Energía (E)* o “*E/materia*” es, objetivamente reconocida por los sentidos y por instrumentos de medición creados por el hombre, algo característico de la esencia (de la *quidditas* lat., el “ser-así”) y de todos los elementos del Cosmos, tal como se manifiestan en el tiempo. Ella (la *E*) se revela como una, en múltiples formas de expresión y en diferentes porciones y

proporciones, según los elementos naturales y los cambios que en ellos originan sus interrelaciones, conjugadas para la reproducción de aquellos elementos dotados de *E'* en la forma biótica: los elementos con capacidad de auto-reproducción (Maturana, 1994, c.1). La *Energía* “se manifiesta en una complejísima red de interacciones y de todas las formas del ser... así que nada existe fuera de las relaciones de la *E'* y por ello decimos que la relación es constitutiva del ser” (Boff, 2001, c.1)... De modo que todo lo que “es”, “es-para” o “es-por” otro ser o “es-con” otro ser.

Por la *E' materia* somos “holomovimiento: un único (macro) sistema en el que todo tiene que ver con todo. Así, lo que existe es una tela permanente de relaciones globales; en su dinámica todas las partes del todo están en permanente movimiento. El organismo (y en general, todo elemento del Cosmos) no encuentra su estabilidad por la fijación de sus leyes sino por su capacidad de adaptación y equilibrio dinámico” (ibíd.). Lo anterior se revela en el carácter cíclico y no lineal del crecimiento de los organismos: “degradación y muerte pertenecen a la vida: la muerte es invención de la vida” (ibídem).

La ciencia física reconoce, por la exploración de los espacios (micro y macro) del Cosmos, que la *E'/materia* es finita: revela límites en sí misma; también en su comportamiento o expresión. Y en su actuar o modo primigenio de manifestarse, esa *E'* se conduce por ciclos de presentación-contrariedad y nueva afirmación (esto es, dialécticamente): cada paso de *E'* lleva una secuencia de modos de ser contrarios que resultan en novedad de ser. Hace muchos siglos Lucrecio cantaba en su poema *De Rerum Natura* la célebre *mors immortalis* (lat. la muerte inmortal), ley suprema de la creación, apuntando ya genialmente a la dialéctica como *lex omnius entis* (lat. ley de toda criatura), el modo más íntimo de ser en todo lo que conforma el universo (Gould, 1986, c.1).

La *E'* se revela o manifiesta especialmente como materia = *E'* extendida en algún espacio. Cualesquiera que sean sus últimas causas, ella es, de por sí, el elemento primordial del Cosmos: “es” algo esencial a él y se manifiesta en relación de con-naturalidad con él. Epicuro diría, metafóricamente, *confraternidad*, esto es, de relación de afinidad de atracción entre iguales en su “ser” (esencia) o en relación de contrariedad, en caso

de incompatibilidad (con su “ser”). Y eso ocurre hasta en el modo más original de existir: desde la presencia de “ser” (lo que existe) a nivel subatómico. La evolución del Cosmos, originalmente propuesta y demostrada en la evolución de las especies bióticas (Darwin, 1985), conforma su modo de “ser-proceso”: esto es, *ser al modo* en que los humanos “sabemos lo que es”: una existencia a través del tiempo. Algo que existe “durante” la existencia de otros seres, hasta donde nuestra experiencia alcanza; ayudada por instrumentos, para el caso de los elementos micro y macro espaciales, inaccesibles a los sentidos.

La percepción humana de los seres de la cual emergen los conceptos que los identifican, es sólo una visión instantánea de su existir: su realidad como “ser-en-proceso”, su devenir. Es, a su vez, parte de nuestra experiencia de existir también –como humanos–, de “durar” junto a otros. Y como toda experiencia en el tiempo, esa percepción puede modificar la visión primera de lo que “es” ella, para luego, modificar a su vez (perfeccionando o deformando) el concepto de lo experimentado o percibido. A través del tiempo, los humanos percibimos la “duración” de nuestra vida, (*durée*, fr.): un lapso de cierta consistencia reconocible en la manera de nuestro “ser-así” (*Da-sein*, al.) en la vida del universo.

El concepto de lo que sabemos sólo emerge, finalmente, de que percibimos lo que “es” porque revela alguna consistencia, sabemos que se preserva una individualidad de “eso” (lo conocido) en el tiempo. Y, en el caso de los seres humanos, se revela la identidad de la persona. Hay muchas manifestaciones de algún orden en los seres de la naturaleza y, paralelamente, un cierto orden social particular en cada cultura que es posible identificar en el tiempo. En realidad, toda percepción humana de “ser”, todo posible reconocimiento de lo que existe, es posible en algún modo consistente de “ser-así”; esto es como un sistema o complejo de *E'/materia* en cierto equilibrio: algo que dura en el tiempo.

La experiencia más pobre o sencilla de los humanos nos revela así, que en todo lo que conocemos hay algún orden-de-ser-así: cierta estabilidad o cierto estado de “equilibrio” –finalmente un equilibrio de fuerzas de *E'–*, desde un equilibrio societario o semejante al de las sociedades humanas, como en los antropoides mayores y las abejas, hasta los espacios defini-

dos como cristales en muchos minerales de formaciones rocosas. Pero los elementos de la naturaleza no siempre se presentan en estados de “equilibrio estable”. Un equilibrio inestable, como estado o manera de ser en general, se da también en todos los elementos del Cosmos: el caos o “ser-sin-orden-detectable”. Fenómeno que supuestamente precede al orden que el mundo revela a la experiencia de los seres humanos.

Este modo de ser en la naturaleza, el “ser-en-el-caos”, se trata en términos científicos bajo el “principio de indeterminación” (Heisenberg, 2004). Dicho sea de paso, el principio ha servido para indagar el mundo de los elementos sub-atómicos y apuntalar o sostener las mayores hipótesis sobre el origen de la materia. Su aplicación quizá pueda extenderse razonablemente también al reconocimiento de estados sociales de anarquía o perversión del orden.

Como se ha dicho antes, por su *E'/materia* los elementos del Cosmos se manifiestan o revelan siempre en situaciones que, por analogía, podemos llamar “de confraternidad” (puesto que todos participamos de la misma *E'/materia*), en la que predominan, según la ciencias físicas, relaciones de cooperación o colaboración; como quiera que en nuestro lenguaje de analogías –metáforas– llamemos al comportamiento corpuscular elemental. Eso revela algo que la Física actual sostiene como la “direccionalidad” o tendencia de todo elemento cósmico hacia alguna complementariedad con otros elementos” (Marro, 2008). De ahí que actualmente se mire con otros ojos la visión (tal vez erróneamente llamada “darwiniana”) sobre la “competitividad radical” o “supremacía del más fuerte” como inercia suprema de los procesos de evolución de la materia viva.

Además, para Teilhard de Chardin y otros científicos, la evolución del universo revela también la complejidad gradualmente mayor de la materia (fr. *compléxification de la matière*), una de las leyes fundamentales de la *E'*. Esto es, la aparición continua de más y mayores estructuras materiales y de elementos, con mayor número y variado ensamblaje de partes que siguen actuando bajo leyes de dialéctica (Teilhard, 1958). Como ya se dijo antes, una relación dialéctica de la *E'/materia* (interrelación de procesos de sus diversos elementos) que se detecta en todos los seres del Cosmos, según lo habían ya alumbrado los pensadores griegos, Epicuro y Demócrito,

eminentemente, considerados los primeros “materialistas” (Hollman, 2003: 59-112; Foster et al., 2010).

El orden estructurado de cada sistema de elementos se compone de subsistemas. Cada uno con (propia) autonomía siempre en proceso de integración con todos los elementos del (su) medio: por tanto el principio que responde a la permanencia de todo en “su-ser-así” es la integración, la cooperación y la simbiosis (tratándose de los elementos vivos en el Cosmos). Por ende, en la existencia de los seres vivos, no es primero la lucha con otros seres sino la cooperación... Y así, por cierto, hay que reconocer que, en su conjunto, la naturaleza no es bio-céntrica sino eco-céntrica: el Cosmos busca el equilibrio entre la vida y la muerte en una perspectiva del mantenimiento del todo (Boff, 2001: 49).

Todo ello (el conjunto de elementos naturales, el Cosmos) manifiesta que el universo ha evolucionado bajo leyes de comportamiento general de la *E'*. La emergencia de la facultad de la reflexión en el ser humano, el momento de la duración del Cosmos, en el que la persona llega a preguntarse por el mismo “sentido” y destino de su propia cuna, de su “ser-en-el-mundo” y su “ser-para-algo”, está más allá del dominio de la Física. Sin embargo, esa nueva manifestación de energía, la de la mente humana y su inteligencia reflexiva, son parte esencial de toda cosmovisión, y, por lo tanto, componente de una historia única, la del hombre en la naturaleza. Una historia forjada, a fin de cuentas, por la acción social o acción humana!

La aparición de la reflexión cognoscitiva en el tiempo representa una novedad: parece ser la relación de un nuevo tipo, una cualidad nueva o, en todo caso, una nueva manera de ser de la energía en Cosmos... energía de la mente o del espíritu, energía espiritual, o como se le quiera llamar. Ella, como la misma *E'/materia*, forma parte del universo y junto a ésta, hace literalmente, el mundo de la persona humana...Y, sin embargo, por más que ante la *E'/materia* sólo veamos científicamente la *mors immortalis*, al parecer, hay en el ser humano y en el universo una ventana al Infinito. En todo caso, lo menos que podemos reconocer: una energía que no obedece las leyes de la física.

Haciendo un breve resumen de lo anterior, encontramos que en la concepción actual del conocimiento científico se sigue manteniendo –tal vez arbitrariamente–, que la ciencia se ocupa de un conocimiento objetivo de seres y fenómenos directa o mediáticamente relacionados con alguna expresión sensible de la materia. Hay en algunos ambientes científicos una inclinación decidida a considerar los aspectos filosóficos de la ciencia como algo ajeno a ella, un terreno interesante, pero de menos rigor en su acercamiento a la verdad de las cosas.

Por su carácter científico, buena parte de las llamadas “ciencias sociales” ha participado de esta inclinación, con diversos tiempos y actores. Sin embargo, al reconocer que las premisas y condiciones de la acción humana (acción social) están esencialmente relacionadas por la singular condición del actor social, la ciencia debe admitir que los actos humanos revelan no sólo expresiones mensurables de *E'/materia*, sino también muchas expresiones de aquella otra energía (o forma de energía) que trasciende las leyes físicas, llámese energía espiritual o trascendental, que emerge a partir de la *E'/materia*. Por ella, las consecuencias de la acción social son también trascendentes en muchos sentidos. Esto es, la acción social posee virtudes y consecuencias que están fuera del dominio de las leyes de la *E'/materia*.

Lo que parece muy digno de tenerse en cuenta, como base material de toda acción social, es que la *E'/materia* que sostiene las funciones vitales del ser humano, es soporte indispensable de la manifestación y actividad de esta otra forma de Energía: la energía superior de la “lógica del corazón” (Pascal), de la cual emerge la intencionalidad de la acción humana y muchas otras de sus características, comenzando por su calidad moral (puesto que toda persona que actúa conscientemente se reconoce como “responsable” de sus acciones). Pero, entrar al área de la responsabilidad en el ser humano, es estar ya en los dominios de la ética.

Algo más. Si la *E'/materia* revela en su dinámica –y en todos los elementos de la naturaleza– una “direccionalidad de relación” hacia la complementariedad (con otros elementos del Cosmos); que esa propiedad esté aún en estadios de manifestación no totalmente conocidos por las ciencias, es asunto de más investigación. Pero esa propiedad de la *E'/*

materia resulta ser, por lo pronto, algo indiscutible. De ahí que sea legítimo preguntarnos si ¿acaso no será el acto humano, ya desde su raíz o inicio, orientado decididamente hacia el bien o perfeccionamiento del ser, según la calidad de su constitución (esencia)?

Y, consecuentemente, ¿no será tal vez necesario revisar o repensar, y ampliar la interpretación materialista de la naturaleza? ¿Tendrá que negar el materialismo la presencia de la energía espiritual –o como quiera llamársele– esa *E'* que no está sujeta, sino más allá de las leyes de la termodinámica, de la gravedad y de las formas de *E'* *materia* nuclear? O, quizá más bien, ¿no tendrán las ideologías idealistas que aceptar la confraternidad de la materia y lo espiritual?... Y las ciencias sociales, si reconocen la intencionalidad de la acción social como la expresión “consciente” de la direccionalidad de la materia en el ser humano, ¿no tendrán que reconocer el carácter científico (la pretendida “legitimidad”) de la investigación en la moral de los actos sociales?

Cualquiera que sea la respuesta (y la posición epistemológica del estudioso de la acción humana), la presencia de la *E'*/*materia* en ella es algo que parece estar en la base de la trascendencia de la acción social misma y de sus consecuencias.

BASES METAFÍSICAS DE LA ACCIÓN: CONOCIMIENTO Y FENÓMENO

Los seres humanos poseemos la facultad de conocer algo (objeto) y procurarlo si se nos manifiesta bajo alguna condición de “ser bueno” (“en sí” mismo, o “para algo” o alguien). Toda acción de los seres humanos revela que ambas capacidades se activan en todo encuentro que nos ocurra: casual o buscado, pasajero o continuo, importante o banal, con otros seres humanos o con cualquier otro elemento de los ecosistemas que habitamos. Sea evento, apropiación de un bien, saludo, entrega de algo a otro, etc., la acción es una vivencia de pulsión del actor humano hacia un objeto. El objeto puede ser interior al agente (la elaboración de una idea, búsqueda de memorias sobre algún evento, etc.; tratándose de la acción humana estrictamente personal). En la acción social del humano (sin negar las relaciones mediáticas de la acción solamente personal con

las acciones externas), la pulsión del agente se dirige a otros humanos o a los elementos de la naturaleza.

Cuando la acción social acontece, su objeto se revela, primeramente, al agente como poseedor o receptáculo de algo apetecible (algún bien físico, comodidad, cualidad de otro ser humano, etc.); enseguida, la calidad de “apetecible” en el objeto se manifiesta como no-creada por el actor al cual ella le concierne. Ambos fenómenos ocurren en el horizonte de una energía que con justicia se puede llamar trascendente: es decir, una *E' cósmica* cuya inercia se revela más allá de las experiencias objetivamente mensurables que pueden registrar las ciencias físicas. Se trata de una forma de *E' trascendente* (espiritual, o como quiera llamársele).

En los terrenos de la *E' trascendente*, cuya inercia desconoce el ser humano de manera física vivencial y bajo parámetros de medición, la acción social ocurre en dos cauces paralelos e inseparables, que son otros de sus componentes primarios: la *tendencia* y *voluntariedad*. La tendencia del ser humano hacia la complementariedad con otros seres (o la oposición a lo que no le es idóneo) parece manifestarse como la sublimación, por así llamarla, de la “direccionalidad” de la *E'/materia* en la persona humana: su esencia o “ser-así” (*quidditas*, lat.) es propiamente la del “espíritu anclado en –o mejor dicho– confraternizado con la materia”, como partícipe de la *E' cósmica*. Sólo que la tendencia del humano hacia otros seres está manifestamente unida al conocimiento reflexivo. Como explica Max Scheler (2001: 83),

[...] las vivencias simultáneas o sucesivas de (*nuestras*) tendencias [...] no tienen, en primer lugar, un contenido peculiar de IMAGEN o SIGNIFICADO, sino que es una dirección de VALOR, vivido en su cualidad peculiar, e inconfundible (que a su vez no necesita estar dado como cualidad valiosa sentimentalmente perceptible).

El cauce de la VOLUNTAD en la acción tiene *finés*, la TENDENCIA, *objetivos*: esto es, la calidad de valor del “ser-así” (objeto de la relación) es percibida por el agente como “significativa” para complementarse (o distanciarse) de ella. Pongamos un ejemplo en una vivencia frecuente en la vida del ser humano: “tengo sed” / “no tengo sed”. Expresión natural de la vivencia

de una TENDENCIA ante un objetivo, la fuente de agua. La voluntariedad de la acción (el segundo de sus cauces) la hará culminar con la determinación –de la VOLUNTAD– de apropiarse del agua –FIN de la acción– (o de rechazarla, si la fuente es espúrea).

Notemos de paso que en las formas de vida no inteligente, lo que análogamente llamaríamos TENDENCIA es INSTINTO: la diferencia de éste con aquella reside en la calidad de la representación de su objeto. En el ser humano la idea-imagen conlleva un “sentido” que el ser humano crea por el valor del objeto revelado al agente en su “ser-así” (del objeto). Es, por llamarlo con una alegoría feliz, la cara del objeto en lo interior (mente-afecto) del sujeto inteligente. En cambio, en los animales, el instinto opera por la imagen del objeto, sin que hasta hoy la ciencia pueda afirmar que en ellos existen muestras decisivas de alguna percepción de “sentido”, que se origina en el valor de “ser-así”, inteligentemente recibido... es decir, en relación a la situación del ser humano en el mundo.

Pero hay algo más. En sus cauces de inercia (trascendente), la acción social humana revela dos condicionantes radicales o determinantes: podemos llamarlas pre-condiciones ópticas, o condicionantes previas esenciales a la acción (Heidegger, 1962: c. 6). El conocimiento de ellas y de su significación para la constitución de las estructuras sociales es sencillamente fundamental. De ahí también su importancia para comprender el metabolismo de la existencia humana en los ecosistemas que la sostienen.

Repasando un poco la vivencia espontánea de una acción social, vemos que la manifestación del objeto (de nuestros conocimientos) al sujeto social resulta en verdad una “representación” de sí mismo al quedar en la mente (memoria) de este último: una revelación de su “ser-así” (del objeto) que en el encuentro con el ser humano activa su experiencia de “algo bueno”, en cuanto “es-así”: tal es, en su origen, la experiencia primera del “mundo”, “nuestro mundo” para cada actor social. Una condición elemental del ser humano para obrar. Esa condición no implica que el objeto de nuestra relación sea siempre (ni menos necesariamente) conveniente o útil para el sujeto. Lo que con ella ocurre, sin embargo, es algo esencial para comprender luego los motivos de la conducta humana (Heidegger, 1962: 235 y ss.). Es la condición del “ser-así” revelada por el “otro”/ “lo otro”

al sujeto que inicia la relación como el bien o dignidad misma de lo que él/ello son en sí. Para el sujeto eso representa la primera precondition esencial para conocer su mundo.

Siguiendo el curso del análisis de la consciencia (en el conocer humano) propuesto por Heidegger (Boff, 2001, c.7), el segundo paso en el proceso de apropiación de lo que llegamos a conocer (el encuentro de la “Gnosis” del ser humano con los elementos de su mundo social) es la “re-presentación” del objeto como “ser-para-algo-conveniente” (o no, según la naturaleza del objeto) para la esencia o funciones del sujeto social. Ese evento es otra marca adicional: una precondition óptica (o de la esencia del ser) o “ser-así” del humano: capacidad para reconocer lo que le es útil. Es la segunda pre-condición del “ser-así” humano. Ambas se revelan como muy íntimas a la esencia de “lo-que-es” al conocerlo!

En el razonamiento de Heidegger, todo conocimiento previo a nuestros actos nos lleva –ante todo, por la bondad del ser–, a lo más profundo del encuentro en toda relación humana: la empatía con ese *da-sein* revelado o descubierto en su intimidad, por así decirlo. En este punto parece enriquecerse toda relación humana con el fundamento de la experiencia estética: el compromiso del corazón y su lógica (Pascal) con el entendimiento de nuestro mundo (Heidegger, *Dasein* en donde se identifica el “ser-así” con el “cuidar del ser”, 1962: 41).

Otras dos precondiciones de la acción humana, cualidades (también previas al “conocer”), aparecen como el marco de presentación del conocimiento del mundo sensible (primer objeto de todo conocimiento humano) y sólo se internalizan en la conciencia, desde su despertar, como “referentes” de nuestra situación particular en el universo. Ellas son nuestro “dónde” y “cuándo” del propio “ser-así” como personas, y por tanto, “dónde” y “cuándo” de todas sus relaciones. El sabernos en espacio y tiempo (Kant, 1976, c.1) como sujetos limitados por la condición de la *E'/materia*... espíritu anclado en la materia, según el profundo *dictum* de Jacques Maritain.

Podemos deducir de esas dos revelaciones que aparecen al inicio de la acción social que, ante todo, la capacidad del humano para “conocer” (quizá más rigurosamente dicho: “reconocer”) el bien en otros (personas, eventos, seres no-vivientes, etc.) corresponde a una apertura del objeto

a la luminosidad del “entender” humano. Enseguida debemos admitir que algunas veces, el equipamiento de los medios (sentidos, salud de los órganos correspondientes, situación de desventaja para realmente conocer algo, etc.) pueden dar al ser humano un conocimiento erróneo de la calidad del objeto conocido. Sin embargo, lo que no podemos negar ante el fenómeno social, es la capacidad del humano para conocer, al menos, algo del “ser-en-sí”... y por ello, llegar a proceder con verdad (aunque no sea siempre), científicamente hablando, llegar a comunicar el “ser-así”: llevar a la existencia relaciones o modificaciones de nuestro “ser-así” y también del “ser-así” de otro(s).

La prueba irrefutable de que conocemos y actuamos muchas veces en el terreno de la verdad es que las consecuencias de nuestra conducta influyen objetivamente en la mayor perfección o bien (o degradación) de nuestro propio ser como en el bien o mal de otros seres: en su “modificación-como-ser-así”. En otras palabras, nuestros actos alcanzan muchas veces la verdad porque producen o transforman realidades, materiales e inmateriales, y construyen la historia por la “praxis” social. Y toda realidad tiene algo de bondad (bien) en sí. La sociofenomenología (Alfred Schutz, entre otros, apoyado en la fenomenología de Husserl) arranca del reconocimiento apodíctico (es decir, de la aceptación de ese dato como necesariamente válido) de esa condición del saber humano acerca de la vida social. Como se diría en términos dialécticos, de la praxis social. Esa condición es, como se sabe, particularmente cercana también a Marx y a muchos otros pensadores.

El conocimiento de todo lo que conforma el mundo del actor social es el factor inercial de la “direccionalidad” (propósito, en los seres conscientes) de las acciones. En los seres vivos que no han alcanzado los estadios de la conciencia, ese factor –como ya se dijo– es “instinto” o capacidad y actividad de “ir-hacia-otro” en función de alguna compatibilidad o complementariedad (o bien sus contrarios) innata, pero no reflexiva. Es, por lo demás, muy patente que en el resto del mundo material, la inmensa variedad de movimientos (desde los observados en el metabolismo de dichos seres hasta los que marcan cambios de época: terremotos, etc.)

revela, incuestionablemente, la direccionalidad y complementariedad que manifiesta la *E'/materia* del Universo.

Una palabra más sobre el necesario conocimiento de la *E'/materia* y su trascendencia en el mundo de lo social. De la manifestación dual de la *E'/materia* en el Cosmos (ya como materia corpuscular o bien como mera *E'*) surge en la física el “principio de indeterminación” de Heisenberg (Van Nostrand's, 1976: 1346). Esto implica la indeterminación (esp. en la física cuántica); es que no es posible determinar, con rigor y simultáneamente la posición de un objeto y su velocidad en el espacio y, por ende, cada evento cósmico es rigurosamente irrepetible e imposible de ser perfecta o totalmente conocido (puntilla de muerte al positivismo científico).

Por lo anterior, en la raíz o principio de todo conocimiento humano se encuentra la razón de su imperfección y de su perfectibilidad. Lo importante es que todo elemento cósmico, en la naturaleza y en la sociedad, al crear su propio espacio se manifiesta simultáneamente en el tiempo: es así, junto con los demás seres, parte de una misma historia; la historia de los momentos irrepetibles de la evolución de la naturaleza que se amalgama con la de los humanos.

Este dato –nuestra comunidad vital con la naturaleza– es primordial para entender el mundo social. Es el “fenómeno” (*phainomenon*, gr) que se muestra a través de *E'* ante nuestra mente, siendo ella, a su vez (en todo sujeto social) parte de “lo que conocemos” y del “modo en que lo conocemos”. ¡No hay ningún conocimiento humano sin huella profunda de subjetividad!... y esto es científicamente reconocido.

Las situaciones de conformidad-contrariedad (su dialéctica) en el “ser” de todo elemento de la naturaleza frente a otros elementos, esto es, en sus relaciones con otros seres, crean estructuras de “comunidad-de-ser” (o andamiajes de relación auto-regulada-sistémica) que sólo resultan relevantes a la experiencia social (la cultura) de los humanos: los sujetos que reconocen el sentido de las relaciones. Dicho de otro modo, en el conocimiento y la educación de los humanos, y especialmente para el conocimiento científico, las estructuras de la conducta repetida “estandarizada” –por decirlo con un anglicismo– aparecen como “modos durables de ser” (en acción). El resto de las acciones sociales pertenecen, en rigor, al terreno de los

comportamientos de la Energía en sistemas de caos. Son el objeto de la sabiduría o experiencia estrictamente personal de los humanos: no son algo repetido. Son modos de “ser-así” que no muestran el equilibrio que detecta la inteligencia humana como algo accesible al “saber” (de todos) sobre lo humano: no son objeto de ciencia; son la carga de la sabiduría personal.

Objetivamente, lo que puede conocerse en las conductas del ser humano es lo que tiene rasgos estables: las conductas o modos de actuar (elementos de relación) entre los humanos y de ellos con la naturaleza. La comunidad humana es una muestra eminente de ese entramado o estructura de relaciones que van creando en el camino de su vida diversas formas de comportamiento; las llamadas “instituciones sociales”. Ellas constituyen la expresión de las diversas culturas del mundo.

Partiendo del interés por el saber objetivo, riguroso en lo posible, de la vida social (el horizonte de la sociología), las conductas y características perdurables de los seres con los que se inter-actúa, van cimentando la percepción y consistencia de su calidad singular o “identidad”: propia de cada uno de los seres del mundo, así como de cada persona en su comunidad. Como podemos comprobarlo todos, el reconocimiento y familiaridad del actor social con los otros actores y elementos de su mundo, fijan definitivamente su “personalidad”. Para la sociología, ella (la personalidad) se reconoce como el complejo o conjunto de relaciones de factores individuales que las caracterizan (valores, actitudes de cada sujeto, etc.). Sabemos también que en toda comunidad o sociedad sus miembros todos, individuos, a la par en su singularidad personal, poseen, a su vez, rasgos que son comunes al grupo primordial de su origen. Se trata de los rasgos que señalamos muchas veces como “de caracteres regionales” o “nacionales” (internalizados por cada persona) que siempre matizan incontestablemente la identidad personal y comunitaria, y hacen referencia a cierta estabilidad en algún espacio o territorio reconocido.

El saber de nuestras relaciones con la naturaleza (llamémoslo, nuestro mundo físico) es, en su origen, sencillamente mediático: El dato o fenómeno en sí (inanimado o viviente), se presenta al ser humano con un mensaje. Revela “cierta condición natural” o “modo de ser-así”. El actor social recibe ese mensaje y podrá o no ir más allá de la apariencia de ese ser. En todo

caso, de su conocimiento, podrá luego pasar a actuar sobre él: lo valora y lo aprovechará o lo desechará, según innumerables circunstancias, en la vida del actor humano.

La relación entre seres humanos surge de interpretaciones particulares de ese mismo fenómeno. Sólo que entre humanos, el hecho puede ser físico o moral: un golpe, en el caso de encuentro inesperado, no previsto, o un “acto de desdén” revelado en algún gesto de algún actor involucrado en la relación, por poner algún ejemplo.

La peculiaridad de todo “saber” relativo a los fenómenos sociales (a diferencia del “saber” sobre los comportamientos de otros elementos de la naturaleza) es que sólo llegan a obtenerse “*por una doble mediación reflexiva*”: por el intercambio de mensajes simbólicos que cada uno de los protagonistas de una relación (social) interpreta de conformidad. La relación social, reconocida como tal, surge de la comunicación y no del “mero encuentro con” (v.gr. una piedra en el camino). Así, una relación social sencilla, fortuita, no se da en el mutuo golpe accidental entre ellos o con algún sujeto, sino el intercambio de mensajes a consecuencia de ese golpe: mensajes que pueden ser, obviamente, de disculpa o de enojo. Ambos estados de ánimo reconocidos igualmente por los actores en relación, a través de un proceso de mutua lectura de símbolos creados por los actores o sujetos de la relación.

La complejidad que encierra toda relación social es digna de atención y análisis. Ante todo, porque implica supuestos de carácter filosófico (Gnoseología o teoría del conocimiento, fundada en la filosofía del “ser”). ¡Conocemos así (reflexivamente) porque somos así! Llegamos, imperfectamente, a un “algo” del “ser-así” íntimo –la esencia– del fenómeno, porque existe en nosotros la capacidad (facultad anímica) de abstraer: ¡captar un “sentido” o “modo-razón” de “ser-así” en cada cosa! Rastreamos las esencias de las cosas que nos rodean: la prueba negativa incontestable de esa capacidad de conocer algo de todo “ser-así” es que actuamos con nuestro mundo –personal y comunitario– de maneras que nos satisfacen o nos perjudican. Las acciones (sociales) del ser humano forjan la historia de la naturaleza entera. Si esa facultad de conocer no correspondiera a un “algo” de la esencia de los seres, no podríamos tener ningún discurso

humano sobre el “sentido” de nuestra existencia ni de su camino. ¡La supuesta comunicación humana sería absurda!

En esa imposibilidad de vivir sin comunicación real accesible radica el aspecto de la única prueba positiva de la naturaleza de “verdad-praxis” en la facultad del conocer humano: la intuición o atisbo de un algo del “ser-así” de las cosas. La única prueba lógica de esto se formula así: la duda rigurosa acerca de ello (de conocer algo de verdad en el “ser-así”) es un absurdo: ¡la pregunta por otra prueba positiva es una ficción!

La “in-tuitio entis” (‘visión que penetra el ser’, lat. medieval) “es la percepción íntima e instantánea de una idea o una verdad tal como si estuviera a la vista” (Real Academia Española, 2000: 1184). Es la versión-apropiación del fenómeno presentado a la mente a través de la experiencia sensible: contacto directo de objetos (seres o eventos perceptibles sensorialmente) o de datos sensibles que los representan (ideas o sentimientos sensiblemente encontrados). La naturaleza sensible del medio en que surge, enmarca la idea (el primer “saber” mismo) bajo coordenadas inseparables de espacio y tiempo, “situación histórica” de lo que conocemos (Kant, 1976).

Internamente, por su condición “anímica”, la idea posee, a su vez, como ya se ha dicho, una doble pre-condición de “ser tal”: apropiación anímica de algún “ser-así”; la primera, en toda idea humana de alguna cosa se revela el “valor de ser” (materialidad del valor: Scheler, 2004, c. 2). La segunda, en la misma idea se revela también la simpatía, positiva o negativa, de lo conocido con el cognoscente (y de allí también su utilidad), del actor respecto del objeto de la relación (Heidegger, 1962: 235 y ss.), según se ha explicado anteriormente. Es importante subrayar que hay un factor de consecuencias humanas de suma importancia en la revelación o en la manifestación de las condiciones profundas de toda acción humana y, por ende, de toda relación del sujeto con el mundo. Este factor mencionado es la calidad de encontrarnos con el “ser-así” en todo objeto de nuestras relaciones (prójimos o elementos naturales) como los guardianes naturales de su dignidad.

Tal vez en esto encontramos una expresión más del sentido de lo social en la vida, y de la trascendencia insospechada de la energía cósmica. Este

hallazgo trae a la mente el recuerdo de muchas tradiciones venerables en diferentes religiones de la humanidad: los humanos somos guardianes de la naturaleza toda – *towards of the creation* (ing)–.

De todo lo anterior parece legítimo concluir que la dinámica de la relación social tiene siempre una direccionalidad que depende de ciertas precondiciones: ellas definen la situación de todo conocimiento en los humanos; esto es, a su situación en el Cosmos. Enmarcan ante todo, la inercia de direccionalidad de la energía humana hacia los objetos del mundo de cada persona, sin olvidar la calidad suprema encerrada en esas precondiciones, la antes descrita empatía con todos los otros seres del cosmos, que sostiene la dignidad del ser.

Por tanto, en el encuentro relacional con otros seres, ocurre primeramente una revelación de la calidad del ser, su “valor material”, podríamos llamarlo así en la expresión de Heidegger que da al sujeto el rasgo más específico del objeto de su relación: su calidad de “bueno”. Unida a ella, la idea del objeto de la relación (elemento natural o seres humanos), se revela la condición de conformidad o disonancia con algo propio del sujeto. Esta segunda nota complementaria del objeto es la de su “utilidad” o complementariedad con lo que el sujeto anhela o espera de su relación.

No es ocioso recalcarlo: las dos “pre-condiciones” que sitúan nuestras relaciones en la historia son *modos de ser* esenciales al conocimiento humano. Toda relación social se fundamenta en ideas: en el caso de las relaciones con elementos de la naturaleza, es una idea simplemente acerca de un objeto. Hay algo más en las relaciones entre humanos: la idea del “otro” (“otros”) tal como se manifiesta al sujeto es mucho más compleja. No solamente revela el valor y la complementariedad del ser (al cual el sujeto se relaciona), sino que también implica algo de lo que el “otro” (lo otro) piensa o tiene del sujeto de la relación. Por eso son tan ricas y tan complejas las relaciones entre humanos y el análisis que de ellas podemos hacer.

La segunda precondición del conocimiento humano que nos permite reconocer la utilidad del objeto (elemento o ser humano) de nuestra relación es la que se revela como el motor o la inercia de la voluntad que conduce a la apropiación de algún objeto de nuestras relaciones. En último término

esa precondition define la situación del poder en toda relación. ¡Por esto, el factor de poder (capacidad de alterar en algo en el objeto de la relación) resulta algo inseparable de ella!

En nuestras relaciones humanas, la reciprocidad es un componente que se manifiesta como algo esencial en ellas. En cierto sentido, podemos reconocer que anima toda voluntad de acercamiento y sostiene la “apropiación intencional” de lo deseado. A diferencia de la “apropiación conceptual” del objeto de la relación, reducida a ideas, la apropiación (afectiva, intelectual, de servicio, de seguimiento, de cualidades, etc.) es sencillamente la del principal acompañante de la reciprocidad.

Cuando se habla de relaciones con otros elementos de la naturaleza, la reciprocidad existe también, pero su calidad solamente se revela de manera mediática: sólo por efectos de desgracia o de bienestar y en espectros de tiempo y espacio muy diversos. De ese modo experimentamos si la relación con algún elemento de la naturaleza (v.gr. un ecosistema) ha sido o no conforme a la calidad de su “ser-así”. O por el contrario, veremos si esa relación fue algo que debía haberse evitado (aunque no siempre eso es posible).

La validez de la intuición fundamental como base de nuestros conocimientos (y fundamento de toda relación social) no garantiza que ella ocurra siempre de manera correcta. Ante todo, como se advirtió antes, porque el encuentro de los sujetos en relación depende de sus debilidades o diferentes capacidades físicas y orgánicas. Es decir, alguien puede percibir mal desde la palabra pronunciada por un sujeto hasta el color de una cosa o su peso, factores que influirán en la calidad de la relación que se establezca.

Todos los elementos del universo (toda persona humana, por supuesto) interactúan entre sí. Pertenece a un gran sistema: cósmico. Pero, a diferencia de los demás elementos, el ser humano actúa desde un plano que no comparten otros elementos: el plano de la reflexión. No es superfluo advertir que en esta aseveración no pretendemos colocar al ser humano como centro del universo. Menos aún, como dueño de la naturaleza. Es contradictorio con la ciencia sostener una visión radicalmente homocéntrica del mundo. Pero es frecuente la confusión de ideas y la imprecisión cuando se lee o se habla acerca de los motivos profundos de la conducta

humana: valores, actitudes, tendencias, virtud, etc. Esos términos aparecen en no pocos escritos como sinónimos de un mismo factor o motivo de actos humanos. Para la sociología, sin embargo, todos esos conceptos no son iguales ni representan la misma realidad moral que impulsa al ser humano a obrar de alguna manera y en algún sentido particular. He aquí su significado.

El conjunto de acciones humanas que forma la “praxis” de la vida, dicho de otra manera, de la vida social de las comunidades, se manifiesta en las relaciones entre ellos mismos y los elementos del Cosmos que conforman los ecosistemas que sostienen tales comunidades. Esa vida es la “realidad principal” ante la conciencia del actor social (Schutz, 1974: 212 y ss.): realidad que llamamos “el mundo social” (de las personas que viven en él). El ser humano, por lo demás, es elemento, quizá, bien pensado, el momento más avanzado de la evolución cósmica –la conciencia refleja–. Pero surge de la misma *E’/materia* del Universo en el planeta Tierra. ¡En esto debe radicar la visión completa del ser!

Un breve resumen de los pasos fundamentales en la fenomenología de la acción (social) puede presentarse a consideración. Con ella finaliza este ensayo. No se pretende reflejar la dinámica de todos los procesos examinados en el análisis, sino presentar sus elementos mayores en un caso de experiencia fenomenológica. Aclaro que mi lectura de los pasos del análisis se inspira en algunas ideas centrales al pensamiento de Xavier Zubiri (1983, c. 3: 27-134) y de Martin Heidegger (1962, c. 6), además de la contribución bien conocida de Alfred Schutz.

LA INTROSPECCIÓN ANTE LA ACCIÓN

El análisis de los hechos sociales que se apoya en la experiencia del fenómeno o dato, el cual es su misma existencia, es lo que las ciencias sociales llaman análisis fenomenológico. Por la naturaleza de este método de conocer la realidad, el sujeto que lo realiza participa de manera directa o indirecta en la existencia misma del objeto de su conocimiento: esto es, como autor del hecho social o como observador que lo asimila interiormente. Esa experiencia revela en sí misma su complejidad. Todo actor

social –hablando siempre de la sociabilidad humana (no de sus análogos en el reino de la naturaleza viva)–, en el tiempo y lugar en que inicia el proceso de sus actos, sabe que ellos están precedidos del conocimiento de la condición existencial de todo ser: su situación en tiempo y espacio. Esa situación es inseparable de la idea que genera el ser conocido.

Pero la idea de nuestra acción sólo llega a su plenitud (al modo humano), al término de ella (la acción misma) y se define o perfila mejor al ejercitar nuestra reflexión sobre ella misma. Esta reflexión es la que fundamenta el análisis fenomenológico. Ese análisis presupone la validez de la introspección rigurosamente seguida y confirmada, en todo lo posible, por la continuada reflexión y repetidas experiencias. Lo que él mismo (análisis) implica es la atención a las sucesivas manifestaciones de los elementos que componen el dato social en sí: la *volición* (o voluntad de actuar y de reaccionar a la acción) en los sujetos (actor-objeto) de la relación que encarna todo acto social; y, además, los que las partes de la relación van revelando o manifestando en el proceso de su realización.

Un breve recuento de los mayores elementos (gnoseológicos o noéticos) analizados en este ensayo puede ser el vehículo adecuado para llegar a la descripción de un ejemplo de análisis fenomenológico relativo a un encuentro (posible) del actor social (sujeto de nueva relación) con una persona desconocida (objeto-contraparte).

Pensemos en el encuentro, en parte fortuito o realmente esperado (caso de una persona buscada no en sí, sino por su profesión o habilidad). La idea de tal encuentro se originó en un deseo cuya inercia lleva a la voluntad de actuar (llegar a un encuentro-relación). Al llegar a ese encuentro, el objeto (otra persona) se presenta en una clara situación (“precondición A”, de doble dimensión), el espacio y el tiempo del encuentro. Cuando ocurre la mutua presentación, el sujeto que inicia la relación recibe en su compleja vivencia de conocimiento (orgánica e intelectual) la idea de una “persona” –un ser humano semejante a él–. En ella, antes de otra cosa, un valor: esta persona “tiene algo” –la materialidad del valor de la que habla Scheler (2004, c. 2)– y “es-así” (un “bien-de-ser” o un “bien-por-ser”).

Ese hallazgo inicial es anterior al encuentro formal con la persona (o con el objeto de la relación): es el primer componente de la “precondición

B" (pre-condición óptica también), anterior al reconocimiento formal de la persona esperada; es decir, anterior a saber ¿quién es él/ella? Y, de inmediato, un hallazgo complementario: él/ella me complementa (o no) en algo: es decir, percibo –antes de presentarse– que puede o no ser útil o conveniente para mí: refiriéndonos siempre al sujeto de la relación o iniciador del encuentro.

Cuando el encuentro propiamente formal llega con claridad, esto es, en mutua aceptación de encontrarse, se van manifestando todos los rasgos que definen una relación social: las características con las cuales la sociología construye la sociología –y las ciencias sociales, en general–, la descripción de conductas estandarizadas, la manifestación de rasgos de roles sociales, la eventual revelación –directa o indirecta– del estatus social respectivo en ambos actores de la relación (sujeto y objeto), la manifestación –sutil o manifiesta– de la influencia de mayor poder en uno o en otro, etc.: es decir, todos los elementos de las estructuras sociales y de los quehaceres propios de las comunidades respectivas de los actores en relación a partir del encuentro inicial. Es obvio que muchos de esos elementos no aparecen en primeros tiempos o momentos de una relación.

No es necesario elaborar más sobre el registro de esos datos inmediatamente presentes al actor social después de que las precondiciones de la idea se revelan a su conciencia: éstas (las precondiciones) necesitan una sintonía particular, una fineza de percepción que no es fácil conseguir sin frecuente ejercicio personal de introspección. Aquellos, los datos que conforman la relación humana, muy claramente recibidos por el actor social (o actores sociales) son algo bastante reconocido como indiscutible por los mismos actores y reportados en innumerables veces en encuestas y entrevistas, etc. Son algo ya muy elaborado conceptualmente sobre la vida de los humanos y su posible conocimiento científico, es decir, datos que pertenecen a conductas repetidas, generalizables y objetivamente comprobables.

Los elementos que se revelan a la mente como otros tantos condicionantes del conocimiento del mundo en el caso de los seres humanos, vale la pena subrayarlo, tienen un origen metafísico; por ello se revelan como condiciones trascendentes –enmarcan toda idea del entendimiento huma-

no-, porque su presencia implica el “ser-así” íntimo del objeto conocido y por tanto, la misma *quidditas* o “ser-así” también de la asimilación del objeto en la mente de quien lo interioriza al conocerlo.

Algunas pistas de referencia a lo bello o bueno de los objetos con los cuales nos relacionamos ayudarán, quizá, a comprender mejor el valor del análisis fenomenológico. Por ejemplo, las bien conocidas anécdotas o relatos de admiración ante la calidad insospechada de algo que ya habíamos conocido (y hasta “conocido muy bien”, según nosotros) como objeto de alguna relación; i.e. algún amigo, empleado o algún objeto cuya belleza o utilidad no percibimos al conocerlo... y de pronto, la sorpresa: –“¡nunca habría imaginado que era tan valioso!” o –“¡...que fuera tan bello!”

Por esos meandros del pensar leal, objetivo, profundo, aquel que acompaña al científico social y a toda persona medianamente inteligente, aquella que se interesa por profundizar en algún conocimiento, por ahí llega el encuentro luminoso con la trascendencia de la acción humana; por ahí se revelan sus coordenadas en ese espacio propio del ser humano: el terreno moral de toda conducta, en cuanto estamos conscientes de ella y aceptamos nuestra responsabilidad como actores humanos en el universo.

Más de algún actor social se preguntará por la validez de la descripción de los condicionantes de la idea del objeto conocido, según lo propusimos en el ejemplo de análisis fenomenológico. Esa pregunta es obviamente más grave y más compleja cuando se trata de actores sociales menos acostumbrados al ejercicio de la introspección de su actuar “consciente”. La condición fundamental de esa introspección es la lealtad del actor consigo mismo: su despojo (la *epoché* Husserliana) de lo preconcebido acerca de “lo otro” y su apertura hacia “eso otro”. Ese despojo es apertura anímica total; es nuestra disposición-aceptación de “ser-así” ante la luminosidad gratuita de otro “ser-así”: sin pre-juzgar nada. Es disposición que hace verdaderamente humana nuestra relación con el mundo... así somos los humanos en el cosmos: “ser-así” en relación con muchos otros que a su manera “son-así”. Quizá pocas veces el sociólogo ha pensado que antes de examinar el fenómeno social es preciso dejar hablar al “ser”: a los seres sociales y a todos los seres de la naturaleza. La vocación de todo científico es dejar primero hablar al “ser”, para llegar a entender el “ser-así”. De esa

manera se comprenderá el metabolismo entre los humanos y la naturaleza: la forja de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Boff, Leonardo (2001). *Cuidar la Tierra*. México: Ediciones Dabar.
- _____ (2012). *El vuelo del águila*. México: Dabar.
- Darwin, Charles (1985). *Origen de las Especies*. México: Origen/Planeta.
- Durkheim, Émile (2002). *La división del trabajo social*. México: Colofón.
- Engels, Friedrich (1982). *Dialéctica de la naturaleza*. México: Grijalbo.
- Foster, Bellamy J. et al. (2010). *The Ecological Rift: Capitalism's War on the Earth*. New York: Monthly Review Press.
- Gould, S.J. (1986). *The Dialectical Biology*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Heidegger, Martin (1962). *Being and Time (Sein und Zeit*, tr. J. Macquarrie & Robinson). New York: Harper & Row.
- Heisenberg, W. (2004). *La parte y el todo: conversando en torno a la física atómica*. Castellón: Ellago Ediciones. (Versión en inglés: Heisenberg, W. (1971). *Physics and beyond*. Londres: Addison Wesley).
- Hollman, B. (2003). *Dance of the Dialectic*. Urbana: University of Illinois Press.
- Kant, Immanuel (1976). *Crítica de la razón pura*. México: Porrúa.
- Marro, Joaquín (2008). *Física y Vida: De las relaciones entre física, naturaleza y sociedad*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Marx, Karl (1970). *Manifiesto del partido comunista y otros escritos políticos*. México: Grijalbo.
- Maturana R., Humberto & Varela G., Francisco (1994). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Argentina: Lumen.
- Pareto, Vilfredo (1935). *Un Tratado de sociología general*. 4 vols. New York: Dover.
- Penrose, Roger (2007). *El camino a la realidad: una guía completa de las leyes del universo*. México: Debate.
- Real Academia Española (2000). *Diccionario de la lengua española*, 2 vols. Madrid: Espasa Calpe.
- Scheler, Max (2001). *Ética*. Madrid: Caparrós. (Versión en alemán: *De Formalismus in der Ethik und der materiele Wertethik*, 1913).

- _____ (2004). *Esencia y formas de la simpatía*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Schutz, Alfred (1974). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Teilhard de Chardin, Pierre (1958). *Le Phénomène Humain*. París: Éditions du Seuil.
- Van Nostrand's (1976). *Scientific Encyclopedia (5th ed.)*. New York: Van Nostrand Reinhold Company.
- Weber, Max (1974). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE.
- Zubiri, Xavier (1983). *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial.